

JARDÍN DE LA CEIBA

Era la hora del humo abanicada por el Angelus,
bajo la sombra blanca del cielo,
como campanas a la espera,
los príncipes desnudos nos cerraban el camino.

De pie, el solitario en su traje de hojas,
la ceja alzada, un dedo de onix en los labios
escuchaba a los astros que empezaban a cantar sus recuerdos.

Hubo un revuelo de brazos y pendientes,
bajó el sol redondo a mirar la danza del vientre

Y este tranquilo Dios que he descubierto
de repente,
se abrió el pecho despacio con un silbido de alas.

Se acabará el murmullo de esta historia
pero, antes
con la mano del viento agitada entre las ramas
la bóveda verde flotando como un sombrero entre limones,
habrá un revuelo de nombres,
saltarán los racimos de las urnas
y yo escondido, oscuro y solo,
contando las venas del tiempo
en el fondo de la noria solitaria.

Una red de orquídeas cuelga de la tarde,
los árboles desatan la memoria,
llenándome de espacio me borro como una sonrisa.
Alguien me llama,
y declarando su pequeño error,
las viejas encinas se inclinan,
se distraen.

Defiendo mis últimos sueños,
el camino frente a mí, la enredadera insegura.
La mesa y la silla y las copas se han movido en silencio.
La lluvia toca con desgano el galpón donde murió la familia fusilada.

El resto es un anochecer elegante,
una pista de baile vacía
como un luna donde tú y yo nos movemos con timidez,
o una pirámide o una pareja deshaciéndose despacio.

Fernando Alegría